

## LA ELECCION DIVINA

"Te amo porque eres pequeña; y porque  
tu pequeñez Me la has dado a Mí".

A la tierra de España vino el Señor a buscar para trasplantarla a Francia, al alma privilegiada de su Corazón.

Josefa Menéndez nació en Madrid, el 4 de febrero de 1890, siendo bautizada el 9 en la Párrroquia de San Lorenzo, con los nombres tan preciados a su fe, de María Josefa.

La muerte de un hermanito le dejó el primer lugar en el hogar cristiano, al que descendieron con ella las divinas predilecciones.

Tres hermanas completaron la familia, que vivía unida y feliz. Gracias al trabajo del padre, hombre enérgico e inteligente, cierta holgura rodeó los primeros años de Josefa que se deslizaron tranquilos y fáciles. Las niñas crecían en una atmósfera de fe y de laboriosidad, de caridad y de alegría en la que sus almas se expansionaban sin esfuerzo. A la edad de cinco años Josefa recibió la Confirmación y el Espíritu Santo se apoderó del pequeño Instrumento para hacerlo dócil a la acción divina. Tenía siete años cuando se confesó por primera vez, en

un primer viernes, día memorable en su vida, del que escribía más tarde:—«3 de octubre de 1897: Mi primera confesión. Si siempre tuviera la misma contrición de aquel día!»

Desde entonces, admirado su confesor de las aptitudes sobrenaturales de la niña, la inició a una vida interior proporcionada a su edad. Aprendía poco a poco a conversar con el Huésped Divino de su alma, y cada mañana en su oración infantil se unía a Aquél que era ya dueño de su corazón.

Seria y jovial a la vez, de carácter vivo y de natural un tanto altivo, ocupaba bien en su casa el puesto de «la mayor». Su madre descansaba en ella; su padre tenía preferencias por la que él llamaba: «Su pequeña Emperatriz». Se sabía que no le negaba nada y sus hermanas acudían a ella, como a intercesora, en sus peticiones infantiles. El, quiso ser el primer maestro de Josefa y satisfecho de sus adelantos, pensó orientarla hacia el Magisterio; pero otros eran los designios del Señor, que preparaba en secreto, los caminos por El escogidos. El encuentro eucarístico iba a marcar la primera etapa de esta elección divina, sellando la unión entre la niña y el Amigo de los corazones puros.

Josefa había cumplido once años. Por recomendación de su director espiritual, el Reverendo Padre Rubio (que ingresó más tarde en la Compañía de Jesús), la admitieron las Religiosas de María Reparadora en el grupo de niñas que por las tardes se reunían para prepararse a la primera

comunión, y los deseos de Josefa se enardecían a la perspectiva de día tan dichoso.

Un corto retiro debía preceder a la ceremonia fijada al 19 de marzo. Josefa obtuvo de su padre el permiso de seguirlo. Con su sencillez acostumbrada nos cuenta ella algo de aquellas primeras prendas de mutuo amor entre Jesús y su alma, amor que no se desmintió jamás. Escribe así:

«Cómo Jesús hizo a mi alma su primer llamamiento».

«El primer día hice una meditación sobre estas palabras:—«Jesús quiere venir a mí, para que yo sea toda de El».—Yo me puse muy contenta, porque tenía mucho deseo de ser toda de Jesús; pero no sabía lo que tenía que hacer, y una vez que pregunté me dijeron: «que ser muy buena y así sería siempre de Jesús».

«El segundo día la meditación era:—«Jesús es el Esposo de las Vírgenes y se recrea en las almas puras e inocentes».—Ya aquí me pareció que se hacía una gran claridad; pues yo pensaba que siendo su Esposa, sería toda suya, porque yo veía que mi madre era toda de mi padre, por ser su esposa. Así pensé, que siendo virgen era de Jesús y aunque yo no entendía, ni mucho menos, qué era virginidad, prometí muy de veras ser de Jesús y todo el día lo pasé diciendo esta palabra: Sí, Jesús mío, siempre seré virgen para que seáis mi Esposo y así seré siempre vuestra. Por la tarde, después de la Reserva del Santísimo, hice una consa-

gración al Niño Jesús y le pedí que me enseñara a ser siempre de El y pensaba que ya pronto le tendría dentro de mi corazón. ¡Qué contenta estaba! Cuando así me alegraba en silencio, oí una voz, que nunca se me ha olvidado y que se grabó en lo más íntimo de mi alma:—«Sí, hija mía, quiero que seas toda mía».—Yo no puedo decir qué sentí, pero salí de la capilla decidida a ser muy buena y como no creía que las religiosas eran personas de la tierra, no sabía qué era vocación, pero sentí en mí algo especial, que nunca se me ha quitado hasta que he conocido lo que era vocación».

«El tercer día redoblé mi propósito y el 19 fiesta de mi Patrono San José, día dichoso de mi primera comunión, hice esta consagración que me salió del fondo de mi alma:

«Desde hoy 19 de marzo de 1901, prometo a mi Jesús, delante del cielo y de la tierra poniendo por testigos a mi Madre la Virgen Santísima y a mi Padre y Abogado San José, guardar siempre la preciosa virtud de la virginidad, no teniendo otro deseo que agradar a Jesús, ni otro temor que disgustarle. Enseñadme ¡Dios mío! cómo queréis que sea vuestra del modo más perfecto, para siempre amaros y nunca ofenderos. Esto lo quiero y pido hoy día de mi primera Comunión.

«Virgen Santísima os lo pido hoy que es la fiesta de vuestro Esposo San José.

«Vuestra hija que os ama,

«Josefa Menéndez».

«La escribí y cada vez que comulgaba la repetía. Cuando dije a mi confesor lo que había hecho, me dijo, que las niñas no deben prometer nada más que ser muy buenas y que rompiera aquel papel... pero yo no podía, y repetía a mi Jesús: Señor, desde este día soy vuestra y para siempre».

Josefa conservó preciosamente el testimonio de su primera ofrenda y la hojita amarillenta, escrita con gruesos caracteres de letra infantil, fué hasta su muerte el tesoro de su fidelidad.

El primer contacto con la Eucaristía entregó a la acción divina el alma en que esta acción debía de obrar con tanta libertad y tan poderosamente. La Sagrada Comunión era la felicidad de Josefa; y desarrollaba en su corazón los gérmenes de las virtudes sólidas que ya se revelaban en ella.

Renunciando a sus primeros proyectos, o más bien guiados por la inspiración de Dios, sus padres la enviaron al «Taller del Fomento del Arte» (1).

Desde el primer momento su inteligencia y sus aptitudes llamaron la atención de sus profesoras. Habilidosa y activa, realizó pequeños prodigios y el éxito respondió al trabajo sin que le hiciese perder en nada su modesta sencillez. La Sagrada Comunión que recibía todos los días, a costa de sacrificios, era la fuente de donde sacaba la fuerza para conservarse pura.

«He atravesado muchos peligros», escribe, «pero

(1) Escuela de formación de Artes y Oficios.

siempre me ha guardado Dios Nuestro Señor en medio de ellos y de las malas conversaciones del taller. Cuántas veces he llorado al oír aquellas cosas que me turbaban, pero siempre encontré fuerza y consuelo en Dios. Nada, ni nadie me han hecho cambiar ni dudar nunca de que Jesús me quería para El».

A los 15 años, Josefa, ya hábil modista, salió del taller. La familia había cambiado de domicilio y la proximidad de la Escuela de las Religiosas del Sagrado Corazón (1), facilitó la educación de las tres hermanas menores, mientras que la mayor se quedaba en su casa. La capilla del Sagrado Corazón fué desde entonces el atractivo diario de Josefa. Jesús desde el Sagrario comenzó a orientar hacia su Corazón al alma en la que El había puesto sus delicias.

La felicidad reinaba aún en el hogar tranquilo; Josefa ocupada en su labor y en las faenas domésticas, ayudaba a su madre. Entonces gustó por experiencia los goces fuertes y suaves que lleva consigo la dulce intimidad de la vida de familia. La «pequeña Emperatriz» conservaba su puesto preferente en el afecto de los suyos mostrándose por su parte, hija abnegada y hermana cariñosa. Su carácter jovial, el ardor que ponía en todo, su intuición para adivinar lo que agradaba a los demás olvidándose a sí misma, hacían de ella el alma de su hogar

(1) Pensionado y escuela del Sagrado Corazón, calle de Leganitos, Madrid.

en el que todo era dicha y unión y donde las alegrías mejores iban siempre marcadas con el sello de la fe.

La recompensa más apreciada de las niñas en aquella época, era ir a visitar en el Carmelo de Loeches a la Priora, hermana de su madre. Las recibían allí como unas princesas, en las habitaciones del Capellán. Sus incursiones a la biblioteca las habían puesto en posesión de un ejemplar de las Reglas, cuya lectura hacía sus delicias. Cuando regresaban a su casa, las niñas jugaban al «Carmelo» salmodiando el Oficio, e imitando las penitencias del Claustro. Josefa arrastraba a sus hermanas a estos entretenimientos, pero su alma encontraba ya en aquel convento improvisado algo más que un juego preferido.

Entre tanto, la Ley del Amor se disponía a marcar pronto con su sello aquella existencia en flor. Era necesario que el cierzo azotase la tierna planta para arraigarla y fortalecerla.—«No dudes nunca del Amor de mi Corazón»—, le dirá más tarde el Amigo Divino.—«No importa que el viento te mueva más de una vez. He fijado la raíz de tu pequeñez en la tierra de mi Corazón».